

VII.

Desde aquí comienza un período que fué el más escabroso, si no el más largo, de los varios que tuvo la vida mundana de la marquesa de Montálvez. Según ella misma lo declara, tan escabroso fué, que él solo la daría para un libro entero, si se propusiera referir tan enorme catálogo de *cosas*. Pero da por sentado que el público madrileño conoce las más salientes de ellas y presume las restantes; y á esto se atiende para considerar ocioso un trabajo más desleído, porque valor y resolución la sobran para echar á la calle todas esas barreduras de su conciencia.

Yo podría suplir las omisiones, porque me es bien conocida la materia; pero esta conducta no sería galante ni acertada, por contravenir á aquel prudente acuerdo y caer en el peligro, que también teme la marquesa, de que resulte plato de estímulos insanos lo que debe resultar muy otra cosa. Aténgome, pues, al texto de los *Apuntes*, confirmación exactísima de los rumores de la fama; y aun eso sólo he de darlo en extracto para llegar

cuanto antes á la narración de otros sucesos harto más dignos de la atención de los lectores.

Se cansó muy pronto de las fiestas caras y ruidosas que daba en su casa. En su temple de *jama-na fresca*, con su aprovechada experiencia, su buen gusto y claro ingenio, necesitaba algo de más jugo, de más substancia que aquella insípida y continua exposición de mujeres frívolas y de hombres mentecatos, cargados de perifollos; fiestas en las que, tras de costarla un sentido, todos se divertían menos ella. En fin, que echó la gente á la calle y dió por terminadas las reuniones de fausto en sus salones.

Para llevar á cabo sus nuevos planes, eligió lo que había de aprovecharse entre lo arrojado de su casa y lo que conocía de lo de fuera; después autorizó á los escogidos para que escogieran á su vez, sin pararse en pelillos de linaje: podían espigar en varios campos; en todos los que se dieran ingenios bien educados, desde la presidencia del Consejo de ministros, hasta el humilde rincón de la obscura gacetilla. Que no se reparara en edades ni en estampas: viejos y mozos, altos y bajos: todo servía, con tal de no carecer de ingenio ni de desparpajo; *tupé*, que dicen otros. Para todos habría que hacer allí.

De mujeres (éstas eran de elección suya exclusivamente), pocas y malas; quiero decir, de buen pico y mejores tragaderas.

Y así se fué haciendo.

Cuando le anunciaban un presentado, preguntaba ella al presentante:

—¿Vale?

Respondíanla que sí.

—Pues que venga.

Y *valer*, en aquellas ocasiones, significaba ser cualquier cosa, menos hombre indigestamente grave, corto de genio, feo sin gracia, ignorante sin osadía, galán ruboroso... y así por el estilo; porque allí, hasta el saber macizo y serio había de derramarse en dosis muy concentradas y con mucha sal y pimienta: todo menos la pesadez y la petulancia. Y *valiendo*, todo era lícito con tal de estar *bien hecho*: la grosería en las formas estaba igualmente proscrita. En el pensamiento, no tanto.

Dicen los que lo conocieron, que *aquello* tuvo que oír... y que ver; y lo llamo *aquello*, porque no sé qué nombre darle. La marquesa, por llamarlo de algún modo, lo llamaba *tes íntimos*; pero es lo cierto que aunque todas las noches del invierno, ya muy cerca de la madrugada, había ese *te* en su casa, *aquello* no tenía horas fijas ni aspectos determinados, y chisporroteaba de mil modos: entre pocos, entre muchos, en tertulia plena, con media docena de *ellos* convidados á comer, ó con otros tantos al humor de la chimenea á cualquier hora de la tarde. Más que *te*, era al modo de sierpe de muchas cabezas que alcanzaba con la punta de la cola á muchas cosas y á muchas partes... hasta las casas de Leticia y de Sagrario. Porque estas dos criaturas de tan buen estómago, en cuanto lo cataron en la de la marquesa pidieron el turno correspondiente; y no era cosa de que las desairaran

aquellos hombres tan corteses y campechanos de suyo.

Como en estas reuniones de imponderable confianza se vivía en perpetuo comercio de malas intenciones, de malicias y de travesuras de lenguaje, el natural ingenio de la marquesa adquirió gran desarrollo, y su bien acreditado *humorismo* se empapó en nuevos y más *picantes* jugos. Llegó á tener *frases felices* y á pintarse sola para crucificar en una semblanza á un prójimo desventurado, ó para hacer en otro marca indeleble con un dicho que repetía después *todo Madrid*. De aquella fábrica salieron tantos y tantos que aún continúan siendo famosos entre las gentes encogolladas, vagabundos de levita y estudiantes desaplicados.

Por entonces comenzó á llamársela *la Montálvez*, llaneza que acreditaba su bien adquirida popularidad, como en otro tiempo la había acreditado, entre la juventud de rechupete, otra llaneza, algo más fina y culta: *Nica Montálvez*. Lo cierto es que Madrid se llenó de *cosas de la Montálvez*, y que hasta las que rodaban por tertulias y cafés sin madre conocida, se le atribuían á ella. Privilegio de las popularidades bien fundadas.

Su casa, por las gentes que la frecuentaban, llegó á ser registro exacto de los secretos pecaminosos, hazañas y picardías de *todo Madrid*: allí se conocía la clave de los *misterios*, chicos y grandes, de la política fullera, y el hilo de muchas marañas inexplicables de la Hacienda pública; había palancas para remover obstáculos que las gentes *le-*

gas conceptuaban irremovibles, y el don de muchos prodigios de fortuna en todas las carreras del Estado, que dejaban atónito y confuso al vulgo sencillote.

Los maldicientes que se creían mejor informados, referían de *las tres Gracias* verdaderas enormidades en los corrillos del público voraz. *Las tres Gracias*, y por añadidura *en conserva*, eran las tres *viudas verdes*: en una palabra, *la Montálvez* y sus dos amigas Leticia y Sagrario. De cada una de ellas se contaban anécdotas que ardían; caprichos lividinosos que traían su filiación de la Roma corrompida de los Césares.

No niega fundamento la Montálvez á estos rumores, pero se sacude valientemente de ciertos *hechos*; y quiere que conste que todos los comprobables de aquel calibre pertenecen á Leticia y á Sagrario. La misma salvedad hace con respecto á los *dichos*. De éstos, unos eran referentes á personas y otros á cosas; unos, al modo de dictámenes; otros, al de motes y semblanzas: los había cruelmente ingeniosos, y los había también indecentes. Se atribuye gran parte de los primeros; pero rechaza hasta con asco la propiedad de los segundos.

Y la creo no solamente por el valor con que se acusa de otras faltas bien graves, sino porque había en su naturaleza un componente pudoroso que la impedía ser grosera; y hasta como pecadora, lo fué sin el aguijón del apetito; y por eso quiere que se la tache por *lujo de pecar*, pero no por *lujosa en el pecado*. Lo primero no edifica seguramente; pero

tampoco degrada ni corrompe tanto como lo segundo.

Por este lado se explica también que, entre las tres cómplices de estas fechorías, fuera ella la que se cansó primero, ó mejor dicho, la única que se cansó; porque las otras dos no se cansaron pizca: al contrario, deshecha la mancomunidad que sostenía á las tres en cierto orden de equilibrio, cayeron Sagrario y Leticia, por su propio peso, despeñadas hasta lo más hondo, aunque cada cual á su manera: Sagrario fué siempre la mujer de los caprichos estrepitosos; Leticia el modelo de las caprichosas solapadas y de las amigas temibles. Se la atribuían hasta perfidias de tan mala casta, que rayaban en crueldades. Serían ó no serían ciertas: la marquesa cree que sí, porque tuvo grandes y especiales motivos para no dudarlo.

Como tampoco duda, antes confirma terminantemente lo que ya sabíamos por Manolo Casa-Vieja, que era muy avara; pero, según la marquesa, avara de la peor especie: tenía el vicio del trapicheo, y media docena de *comadres* negociando de su cuenta por las casas de vecindad, sus vestidos de desecho y hasta los trastos de la cocina. En este bajo comercio era tramposa y desleal; y se desvivía y aguzaba el ingenio por el gusto de robar media peseta á una chula en un dije de similor. Creíase que eran muy mal adquiridas muchas cosas de mérito que se admiraban en su casa, particularmente obras de arte; y maravillaba el lujo de raterías que se daba por empleado para apode-

rarse de ellas. ¡Y esta mujer tenía un caudal enorme y era espléndida en sus gastos! Hay muchas almas de alquimia que tienen roñas así.

Volviendo á la marquesa, digo que ese azaroso tramo de su vida pecadora duró seis años.

Guzmán, que era por entonces un señor bastante gordo y entrecano, però siempre de *gran ver*, iba poco, muy poco, por la casa de su amiga; y cuando iba, era para reprenderla.

—Te empeñas en que te oiga—la dijo más de una vez,—y al fin te oirá. Y aunque no llegue á oírte, por el rastro que va dejando aquí la vida que haces, tendrá que conocerla.

—Es el último estruendo de ella—respondía la pecadora sonriendo.—No lo dudes: estoy preparándome para ser juiciosa.

De tarde en cuando desaparecía por una temporada para visitar á Luz. Dos veces la trajo á Madrid durante aquellos seis años, pero por muy pocos días; y entonces fué su casa un modelo de sosiego y de buen orden. Se la presentaba á sus amigas menos temibles, y la llevaba consigo á algunos sitios de recreo.

Entre la primera y la segunda venida á España dió Luz un *estivón* que sorprendió mucho á su madre. La encontró hecha una mozuela que *se salía* de sus angostos hábitos de colegiala. Se lo hicieron notar también sus amigas de Madrid, y la dijeron que era un pecado mortal no vestirla ya «de señorita » y no sacarla del encierro donde no parecía bien.

La marquesa comprendía demasiado que sus amigos tenían razón; pero ella las tenía también muy respetables para echar por otros caminos diferentes; y por eso llevó á Luz á Francia otra vez, donde nunca había estado como verdadera colegiala.

Desde este viaje es cuando apareció la Montálvez notablemente transformada.

Con disculpas bien buscadas, fué disolviendo sus *tes íntimos* y sus tertulias *verdes*, y escatimando su asistencia á las de sus amigas. No por ello se hizo huraña ni melancólica; pero sí muy escogida en las personas para el trato continuo, y muy sobria en los recreos de puertas afuera.

Rebasaba ya bastante de los cuarenta años: había dado de repente el *bajón* de que no se libra bicho viviente por mucho que se emperejile y se *defienda*; y á este fracaso se atribuyó la retirada, creyendo que la Montálvez se apresuraba á dejar el mundo antes que el mundo la dejara á ella.

No era cierta la suposición ni bien fundado el motivo. A la marquesa le quedaba todavía un *otoño* muy agradable que explotar, si hubiera querido apurar las cosechas hasta la vendimia inclusive. Contaba aún con muchos, con muchísimos golosos, porque más varios que las estaciones de la vida son los gustos de los hombres viciosos y desarreglados. Dijéranlo si no sus compañeras de glorias y fatigas mundanas, Sagrario y Leticia: más invernizas y deshojadas que ella iban poniéndose, miradas á buena luz y aún triunfaban y lucían y se

consideraban á lo mejor del camino, soñando, porque volvían la espalda al invierno que las espartaba, que corrían hacia la primavera.

No se fundaba, pues, la resolución de la Montálvez en aquel fracaso de su belleza, aunque coincidió con él.

Ya se sabe que no estaba formada del peor de los barro posibles; que no entraba el vicio como verdadera necesidad en su naturaleza, y que, aunque la divertía ser viciosa, no *la llenaba*. Desde que nació su hija, luchaban en ella dos pasiones que se aborrecían como el perro y el gato, una buena y otra mala: la de madre escrupulosa y amante, y la de mujer de mundo, alegre y despreocupada. Mientras la hija estuvo en edad de vivir escondida, la madre pudo entregarse de lleno á sus placeres mundanos; pero llegada la hora de traer á Luz á su lado, tenía que decidirse por el gato ó por el perro; y esa hora llegó, y la madre escrupulosa triunfó sin lucha de la mujer liviana. Cierta que Luz estuvo en el escondrijo dos años más de lo justo; cierto que el momento de decidirse la madre ocurrió en aquella crisis de su edad y después de un hartazgo de desórdenes que bien pudiera tomarse por el hartazgo de Marta; cierto es igualmente que en estas *coincidencias* hay base sobrada, tomando las cosas en su primer aspecto, para la suposición de las gentes; pero es la pura verdad también lo que yo afirmo con el testimonio de la marquesa misma, y á esta opinión hay que atenerse.

Puede haber quien pregunte: «y si el momento de decidirse hubiera ocurrido cuando tenía la marquesa seis años menos, ¿por cuál de las dos pasiones se habría decidido?»

Paréceme la pregunta un exceso de curiosidad y un lujo de mala fe; pero conste que yo me inclino á lo más favorable para aquella dama, cuyo desmedido amor á su hija daba para ello y otro tanto más.

Volviendo á lo que importa y dejándonos de escarbar tan adentro, porque, si á eso fuéramos, sabe Dios qué cosas se hallarían en el alma de muchos que creen tenerla como los ampos de la nieve, digo que la transformación de la marquesa después de llevar á Francia por última vez á su hija, fué tan de veras, que no se contentó con deshacer sus tertulias y despejar la casa de gentes nocivas á la buena moral, sino que en cuanto la puso en orden, se consagró á orearla y á limpiarla de todo rastro de impurezas. Hasta de sus propios resabios trataba de sacudirse: se le figuraba que de sus fechorías más recientes, le quedaban algunos en el estilo, y temía que por aquellas espumas se descubrieran las pasadas tempestades. ¡Mujer más singular!

Estos preparativos duraron cerca de dos años; y aun con este paréntesis no se creía bastante alejada de sus últimas locuras para no temer que, cuando menos lo pensara, se le prendiera alguna en el vestido.

Durante este tiempo hizo una visita á Luz. ¡Có-

mo iba completándose aquella criatura! ¡Con qué amor iba la naturaleza formando á la mujer sobre la armadura de la niña!

A Guzmán le gustaba mucho ver á la marquesa tan afanada en aquel esmero de policía doméstica.

—¿Te parece bastante?—solía preguntarle ella.

—Todavía no,—respondíala él.

Y en eso estaban.

Un día, después de hacerle ella la misma pregunta, se quedó Guzmán pensando mucho la respuesta.

—Voy sospechando—le dijo la marquesa,—que nunca te ha de parecer esta casa bastante purificada.

—¿Por qué?

—Porque eres hombre de buen olfato; y mientras estés tú en ella, siempre has de hallar tufo de peste. Es el único que anda ya por aquí... en cuanto tú vienes.

Sonrióse Guzmán y respondió, poniéndose el sombrero para marcharse:

—Puede que tengas razón... Vete, vete cuanto antes por *ella*.

Y muy pocos días después salió de Madrid la marquesa para traer de Francia á su hija.

VIII.

Luz tenía diez y ocho años cuando su madre se decidió á sacarla para siempre de su escondrijo. A ésta le remordía algo la conciencia, por parecerle demasiado larga la prisión; á la prisionera le daba lo mismo irse que quedarse, si es que no prefería aquella vida de invernadero en que se había desarrollado, á las intemperies de un mundo que desconocía.

Grandes fueron los temores y sobresaltos de la marquesa, como ya se dijo, cuando por primera vez tomó en sus brazos á su hija; pero fueron mucho más grandes al trasponer las puertas de su encierro con ella, ya mujer, y mujer que parecía modelada en la mente de un escultor enamorado. Tan singular era su belleza. De niña la conocimos recibiendo las caricias de Guzmán; y tambien sabe el lector, bajo la fe de nuestra palabra, que tres años después todo había crecido en ella con prodigioso equilibrio: lo físico y lo moral, las perfecciones del cuerpo y las del alma. Pues á los diez y ocho era eso mismo en las debidas proporciones.